

ENCUENTROS EN VERINES 1996

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

MALDITO DIARIO.

Julia Escobar

Aprovecho la ocasión de que estamos a puerta cerrada y reflexionando en tono íntimo sobre la intimidad para confesar que al recibir esta invitación mi primer impulso fue el de documentarme. Pero luego pensé, ¿documentarme? ¿para qué? De poco me serviría si a estas alturas tuviera que documentarme sobre algo que no es sino el cúmulo de toda una vida de lecturas y experiencias, pero saber esto no me impidió reaccionar compulsivamente, como esas personas poco seguras de sus conocimientos lingüísticos que ante un viaje al extranjero se encierran en casa dos días antes para repasar neuróticamente el idioma.

Sentí una urgencia irreprimible de volver a leer todos los diarios, memorias, biografías, autobiografías que ya había leído, y lo que es peor, de ponerme a leer los que aún no había leído, pero desistí ante la extensión del tema y la brevedad del plazo, así que busqué febrilmente en mi disco duro ambulante, antes cerebro, todas las referencias posibles, citas enjundiosas y argumentos de autoridad contundentes, que me permitieran sostener mi propia argumentación, de forma más o menos afortunada.

Fue en vano, sólo me quedaba el regusto amargo o nostálgico, con el que algunos me hablaban de su vida o la forma en que otros, aparentando sinceridad, intentaban escamotear la vista que yo dirigía a sus entrañas, componiendo una realidad a todas luces postiza. Otros, por el contrario, se mostraban más sinceros, o más verosímiles... pero todos me venían a decir lo mismo. Pessoa con su desasosiego, Nobokov con su memoria radiante, Rosa Chacel tan generosa en el amanecer de su vida, como avara en su posterior alcancía, Virginia Woolf tanática y decepcionante, y Kafka medido en su pozo, todos me sugerían lo mismo: Sí, es cierto, hay que recordar para conjurar el olvido, pero también hay que olvidar para consagrar la memoria. Lo demás, es chismorreos, vanidad, cobardía, y también refugio y subterfugio. Lo demás es superfluo, lo demás es literatura.

En cuanto a la memoria, personalmente no me he visto todavía en la tesitura de tener que ordenar la mía, extrayéndola de ese magma confuso de hechos, pensamientos y frases que he ido desgranando en mis diarios donde he delegado la función del recuerdo (escribir para olvidar). Sin embargo, he tenido la experiencia, de forma vicaria, de cómo hay que revolver en ese cajón de sastre que es la memoria. Se trata de dos encargos que me hicieron y creo que vale la pena comentarlos. El primero fue voluntario y deseado, fruto de una amistad antigua y duradera: consistió en ayudar a estructurar la memoria de Jaime Salinas.

Partió como digo, de un deseo suyo y mío, de rescatar para la posteridad lo que él había visto y vivido empresa que, en aquel momento, se sentía incapaz de llevar a cabo completamente solo. Él no era escritor, ni diarista, y había que confiar en su memoria. Aquella colaboración, fecunda para ambos, se disolvió como era natural que así fuera, por el despertar de Jaime a la escritura. Salinas, al empezar a desgranar todos sus recuerdos y, quiero creer que también gracias a mi papel de partera, sintió la necesidad de expresarlos con su propia voz, en vez de convertirse en el personaje de otro.

La segunda experiencia tampoco cuajó porque resultó ser un burdo asunto de tráfico de negros literarios e intereses creados y no diré más. Bueno, añadiré algo, pues al tratarse de mi experiencia personal no rompo ningún pacto de confidencialidad: se trataba de redactar las memorias del barón Thyssen, con tan poca fortuna como la que tuvieron los otros cuatro o cinco escritores que me precedieron. Aunque fallida, también me sirvió para sentir en mis manos, otra vez, después de la experiencia de Jaime, la ilusión de presenciar y encauzar el proceso de estructuración paulatina de la memoria aunque, en este caso, se tratara efectivamente de una ilusión, mejor dicho, un montaje, es decir, se trataba de un plato precocinado y congelado que yo tenía que recalentar para que se lo tragaran, literalmente, los otros. Y ahora sí que no diré más, ya lo contaré todo cuando me decida a escribir mis propias memorias, si es que entonces me parece interesante contarlo. Ahora lo dudo.

En suma dos experiencias, por qué no decirlo, fallidas, que no sé hasta qué punto pudieron enriquecer a quienes me las encargaron pero que me colocaron a mí, durante unos meses, en la situación ventajosa, (¿por qué será que no me sale la palabra privilegiada?) de ese mirón más o menos autorizado, ese buscalotodo y ese cotilla que tiene que ser el biógrafo. La verdad es que de lo que yo quiero hablar, más que de las memorias o las biografías, es de los diarios, terreno que desde el punto de vista empírico, conozco mucho mejor. Un amigo mío, y amigo de algunos de los aquí presentes, José Antonio Llardent, despreciaba a los que escribían diarios y a pesar de esto –sabía que yo lo hacía– me quería mucho. Los consideraba, además de una amenaza, mejor dicho, de un peligro social (¡jojo con ése, que lleva diario!), un desperdicio del yo, una manera de distraer el talento y una enfermedad moral como tantas otras enfermedades morales, y no le faltaba razón.

¿Pero los diarios son sólo eso, un paño de lágrimas, un fichero de datos, ese espejo que nunca se saca al camino, la venganza póstuma de un escritor con retranco o de una mujer postergada – esas pequeñas viudas de los grandes hombres a las que se refería hace unos momentos Ana Caballé en su ponencia? Claro que no, son también el cajón de sastre de Leopardi, el libro de lecturas de Marthe Robert, el dietario de Josep Pla, la crónica escrupulosa, unas veces maligna, siempre divertida de Cansinos Assens, de los hermanos Goncourt, o del inapreciable y peligrosísimo Abbé Arthur Mugnier, cura mundano de aspecto discreto y sotana raída que en el París de Proust, la Bibesco y Colette escaldaba a todo bicho viviente en su diario sin que sus víctimas pudieran tan siquiera sospecharlo. Y muchas cosas más.

Como soy lectora antes que escritora, confieso que los diarios que más me gustan son los diarios que se publican póstumamente, en particular si he admirado a su autor. Y eso sin que tenga ninguna importancia el que puedan resultar decepcionantes. Eran sus diarios, eran íntimos, podía, dentro de ellos, hacer cualquier cosa, mostrarse sublime o vulgar, estafador, macarra, siniestro, envidioso, tanático, optimista, da igual. Estaba en su derecho. Una vez despojado de su encarnadura mortal, lo que haya pensado o escrito en la intimidad de sus diarios, al publicarse, no pone en entredicho su coherencia intelectual ni su proyecto literario, por muy desmitificadores que sean los hechos que revelen sobre su trayectoria vital. Siempre recibo las obras póstumas, fragmentarias e inacabadas de nuestros autores admirados con sorpresa, como un regalo caído del cielo y las leo con delectación de parafílica, poco a poco, porque lo fragmentario de la escritura exige una lectura también fragmentaria y el fragmento es nuestro mejor y más logrado modo de expresión.

Todo vale, los diarios más íntimos, las cartas más inanes, las postales más vulgares y familiares, los telegramas más urgentes, las notitas galantes más cursis o más amenazadoras, todo lo devoro con descaro, con total impunidad, sin vergüenza ajena, casi con agradecimiento hacia el activo editor que convenció a la familia de que el pudor ni es hereditario ni contagioso, y de que la verdad, cuando ya es historia, es casi tan satisfactoria como una mentira. El autor, amparado en su ventajosa condición de muerto se salva de la indudable contradicción en los términos que supone hacer público un diario íntimo así como de tener que arrostrar sus consecuencias. Y no me refiero sólo a las que pueda tener sobre los demás, en especial los aludidos, en si les van a retirar o no la palabra, o a partir la cara a sus hijos en el colegio, sino a las que tienen sobre su propia escritura y esto, que me perdonen los moralistas, me parece bastante más importante.

Como lectora y admiradora suya me escandalizó que Rosa Chacel publicara sus diarios en vida, nunca se lo perdoné del todo. No debió de hacerlo, tampoco yo en ese mínimo avance que di de los míos, hace bien poco, en el número de la Revista de Occidente tan citado en estos Encuentros. Pero ella, con mayor motivo que yo o que cualquiera en mis mismas condiciones, porque el hecho de que fuera una grandísima escritora, despertaba sobre sus diarios mayores expectativas. Pero tanto en su caso, como en el mío, o en el de todos los que publican en vida su diario íntimo, subrayo íntimo, los efectos son los mismos: la adulteración de los fines de la actividad diarista, entendida como una enfermedad del yo. Una vez divulgado su contenido, una vez voceada esa escritura hasta entonces secreta, el diario íntimo, además de dejar de serlo y de dejar de cumplir su función catártica, tiene la desventaja añadida de que como lo que quiere emitir es un mensaje que en realidad no quiere ser enviado sino encontrado (y además sin que el emisor llegue realmente a saberlo) resulta decepcionante para todos. Primero, para el lector, que no se entera de nada y que además, en el fondo, ni le importa porque al ser un mitómano necesita que el autor sea un mito (lo que, nos guste o no, huele a muerto) ni, por supuesto tampoco es satisfactorio para el diarista porque al optar por publicar (por las razones que sea) esa excrecencia, ese apéndice, esa víscera que es su diario

íntimo, se retuerce como el vampiro ante la cruz y no lo da todo, ni mucho menos, sino que se reserva algo, y siempre será lo mejor y eso, tal vez, se habrá perdido para siempre.

Pero él también estará perdido: su diaritis –si no cesa o se transforma en otra cosa- cobrará entonces proporciones monstruosas, será como el alcohólico vergonzante que además de la moderada cantidad que se ve obligado a beber en público para demostrar que es una persona normal, consume clandestinamente un número indeterminado de botellas que habrá de ir ocultando en diferentes escondites. Así el diarista impenitente, o dejará de ser íntimo en sus diarios con la consiguiente frustración de sus admiradores futuros o, si es realmente perverso, contrariado por la publicación que vivirá como una traición a sí mismo, escribirá otro y luego otro que irá ocultando en diferentes escondites, como Tolstoi (creo recordar que es Nabokov quien lo cuenta) quien además de llevar su diario, por así decirlo “verdadero”, se veía obligado a llevar otro que dejaba por ahí por si lo leía su mujer, lo cual, de haberlo tenido que publicar en vida, le habría obligado a escribir una tercera versión para protegerla de sí mismo, confeccionando algo así como una especie de estrafalaria muñeca rusa. Y recuerdo a los presentes que no hay juego de palabras inocente.

Tampoco éste.

Por supuesto que estoy hablando de lo que ocurre cuando se publica en vida el diario verdadera, descarada e inconfesablemente íntimo, no del diario como género literario, que también se publica en vida, y que sirve de contrapunto (esclarecedor e higiénico) a otros avatares creativos o profesionales practicados en paralelo. Este tipo de diario, este género –excelso por muchos conceptos- no sólo no desconcierta al escritor o al pintor, o al político que lo ejerce, sino que le ilumina y le complementa. Es una obra más. En este caso, el diario, llamémoslo dietario para entendernos mejor, tiene una función testimonial y de apoyatura absolutamente eficaz, transparente, que está más allá de toda sospecha y que satisface grandemente al lector Mircea Eliade, al referirse a los diarios de Junger contraponen su método elaborado y sopesado, donde todo es oportuno y nada sobra, al “método Léautaud”, a quien por cierto Junger admiraba mucho. El diario a lo Léautaud, le parece a Eliade aburrido y trivial, pues el autor escribe de corrido todo lo que se le pasa por la cabeza y por la vida, lo cual produce unos resultados muy desiguales, ya que es difícil ser tremendamente ingenioso y tremendamente profundo todos los días y a la misma hora, “*juste avant la nuit*”, dice Eliade. A mí personalmente, me gusta más el método sincrético de Kierkegaard, del diario como cantera de trabajo y como último reducto, en el que todo cabe y del que todo puede salir, incluso una publicación sin merma de la intimidad.

En realidad, lo que me escandaliza de quien publica su diario íntimo, lo que me escandalizó en Rosa Chacel y me escandaliza en mí misma (y no quiero decir con ello ni que me arrepienta ni me avergüence), es esa traición hacia una práctica, hacia una opción que habría que calificar más de vital, que de literaria. Ese desapego por unos textos que se han estado escribiendo *en secreto*, en franca y deliberada privacidad, con el perverso espíritu del avaro que atesora con el único fin de regodearse a solas en la contemplación de su creciente riqueza, tiene algo de subasta de bienes en vida, de testamentaría suicida, de liquidación imperfecta, porque parcial, del patrimonio.

Ahí va una mala tarde, mira, una puesta de sol que no rimaba con nada, una conversación con un amigo que confiaba en mí, una pelea con mi hijo, un cadáver en el armario, un libro más. No, no le perdonaré a Rosa Chacel que al publicar un diario obligatoriamente cercenado nos haya escamoteado su verdadero diario.

En cuanto a mí, ya está, se acabó, ya nunca llevaré un diario, a partir de ahora integraré lo que me parezca en mi obra, incorporaré lo que atesoraba y guardaba en ese cajón de sastre, manga por hombro, intentándole dar una hechura acabada y compuesta. O lo incorporaré a mi memoria, cuando llegue al momento y lo que yo recuerde pueda interesar a alguien. O escribiré un dietario con la intención de publicarlo y nada más que de publicarlo. Pero adiós a ese rumiar en silencio y a solas cosas que no quiero decir con ruido y a todos. Adiós pues, maldito diario, tengo que matarte, nos han descubierto, no puedo seguir cometiendo un vicio solitario en público y pretender que sea solitario y, sobre todo, no quiero fabricar muñecas rusas huecas, totalmente vacías. Pero gracias también, porque ahora que has muerto no tendré que esperar a morir yo para encontrar un editor que quiera publicar mis diarios.